

Alejandro Llano C., *LA NUEVA SENSIBILIDAD*, Madrid: Espasa Calpe, 1988, 244 páginas.

*La Nueva Sensibilidad* es un libro de singular valor. El tema que trata es apasionante: la conciencia de que la modernidad ha derivado en una pérdida del sentido de la acción humana, producto de una fractura entre las estructuras o sistemas y el mundo vital o mundo humano; que eso ha dado origen a una creciente complejidad social de la que no hay precedentes, y cuyo reflejo es un decaimiento del espacio público y una desactivación de las energías personales. Como puede advertirse, se trata de un problema inquietante y de múltiples dimensiones; es por estos motivos que ya ha despertado un gran interés en círculos muy amplios no sólo de universitarios, sino también de empresarios, periodistas y políticos, que lo están analizando desde variados ángulos. Uno de los aspectos de más inmediato interés de este libro es que en él hay todo un balance de la más reciente, extensa y heterogénea bibliografía sobre el tema. El autor se desplaza por este ancho territorio con penetrante intuición, con ideas claras y espíritu amplio. El libro es, pues, una cantera que contiene materiales de diversa ley, presentados en la forma literaria de un ensayo lleno de frescura, en un español que cautiva y persuade.

El discurso se desenvuelve a partir de ciertos tópicos fundamentales, cuyas coordenadas son la técnica y la cultura: Que el optimismo de la ciencia se ha vuelto escepticismo, de manera que lo que en algún momento fue un panorama de esperanzas, hoy evidencia signos de una peligrosa carencia de sentido; que estaríamos en presencia de poderosos medios técnicos cuyas finalidades son opacas, donde la pregunta por el sentido queda marginada y sólo opera una lógica tecnocrática; que el Estado de Bienestar (Welfare State) habría llegado a ser uno de Malestar; que la Metafísica, la disciplina llamada a dar respuestas a los problemas más decisivos del hombre, sería cosa pasada. En fin, que estaríamos en presencia de una nueva lógica que constituiría un orden nuevo "que engendra desorden"; un juego de suma cero.

El concepto clave de esta dialéctica de la modernidad —afirma Llano— es el concepto de "acción" cuyo origen se ha de reconocer en el intento que Kant llevara a cabo en la *Crítica de la Razón Pura* en orden a fundar la acción desde sí misma. Una acción, en efecto, que ya no culminará en la consideración teórica o contemplativa del ser real, como la concibió tan decisivamente Aristóteles, sino una acción presidida por una razón "comprometida con sus propios logros e interesada en la consecución de sus propios fines"; una acción, en buenas cuentas, de sentido limitado y opaco, y, en consecuencia, desencantadora. Alejandro Llano revisa este tema apelando al propio Kant, desde donde se mueve con la solvencia que le da su

importante obra dedicada al pensamiento de Kant. Su conclusión es que "sólo desde un pensamiento fuerte acerca de lo que las cosas son de suyo viene a ser posible establecer criterios flexibles para individuar los puntos críticos, y distinguir qué es aquello de lo que se puede prescindir y aquello otro de lo que no cabe dispensarse". Late aquí la conciencia de que se estaría en el "umbral de una época", ante la necesidad de distinguir lo que sirve de lo que ya no sirve, donde pareciera necesario sacudirse de cierta retórica que ha debilitado el pensamiento y de comprometerse con la contemporaneidad entendida como un nuevo modo de pensar.

A partir de estas consideraciones *Llano señala que lo nuevo y específico de la crisis actual es que se trata de una crisis de gobernabilidad, la cual —y esto es lo verdaderamente inédito— no surge de un defecto de organización, sino más bien de un exceso de ella.* A su juicio, "se impone la superación de los modelos de racionalidad hasta ahora vigentes, si es que no se resigna uno a la opción cero que paralizaría, junto con la explotación de la naturaleza, la escalada de la complejidad comunicativa. Mas, tal superación puede entenderse o bien como una despedida del proyecto moderno y un avance hacia otro modo de pensar, o bien como un llevar hasta sus últimas consecuencias los imperativos de la moderna razón instrumental y calculadora". El autor explora cada uno de estos dos caminos.

En este último sentido, considera, entre otras, la "teoría de sistemas" de Luhmann y la "teoría de la acción comunicativa" de Habermas, cuyos tratamientos resultan especialmente esclarecedores. Luhmann, a juicio del propio Habermas, intentaría, una "planificación administrativa del sentido" y sus supuestos no se apoyarían en investigaciones de teoría de la planificación sino en los "supuestos de una teoría de la evolución". Asimismo, en el intento de Habermas por superar el "objetivismo funcionalista" de Luhmann es posible detectar importantes deficiencias. La fundamental, a juicio de Llano, sería el inadecuado "tratamiento antropológico y ontológico del mismo concepto de acción". En consecuencia, para Llano ninguna de estas dos teorías "logra una substancial ampliación de la perspectiva, capaz de remontar la crisis de gobernabilidad".

El otro camino señalado —superar el proyecto moderno— implica una "apertura a la inteligibilidad del mundo" que rompa la "autorreferencialidad subjetiva". Se trataría de rehabilitar un nuevo modo de pensar capaz de sustentar una "teoría de las instituciones a la altura de nuestro tiempo". Un modo de pensar que no se articule en forma unívoca, como ocurre con las ciencias naturales, o mediante el discurso equívoco que caracteriza a la política de nuestro tiempo. Ese nuevo modo de pensar ha de tener "una índole analógica", esto es, ha de ser un modo de pensar más flexible, menos polarizado, capaz de reconocer la gradualidad. La "falta de hogar" que a juicio de Peter Berger caracteriza al hombre moderno seguramente será posible corregirla por esta vía y construir de esa forma

lo que Daniel Bell llama un "hogar público", o un espíritu cuyas puertas se abran hacia afuera, para emplear la hermosa expresión de Kierkegaard.

En cuanto a las relaciones sociales, no se pueden reducir a una "lógica sistémica" ni tampoco a un pacto o acuerdo, ya sea político, económico o de otra índole, si bien tampoco se deben descuidar estos aspectos. Alejandro Llano sostiene en este sentido que el gran proyecto político del presente "consiste en la emergencia mediadora de lo privado-social, como espacio de una gestión libre, que surge de la creatividad de las asociaciones autónomas, pero exige un reconocimiento público y estable". En esta línea, reconoce a la familia como el núcleo de este espacio privado-social en tanto fuente radical de la solidaridad y de una mediación cargada de sentido.

La nueva sensibilidad es sintetizada en la voz: "analogía". Se trataría de una rehabilitación del pensar analógico, de una capacidad de percepción con sentido unitario, que "implica que cada una de las diferentes regiones de lo real tiene una 'lógica' propia". Tan propia que "se muestra pero no se dice" según la fórmula de Wittgenstein. No son suficientes las matemáticas o las técnicas estadísticas para esclarecer esa complejidad. De lo que se trata en última instancia es de la acción o elección humana libre y hay que respetar la naturaleza del problema.

La elección libre sólo lo será si el camino que se sigue es el de la "razón práctica", en el sentido que le dio Aristóteles en la *Ética a Nicómaco*. Son célebres sus imágenes del blanco y del arquero que habrá de dar en el justo medio. Un "sistema" estructurado por las virtudes humanas y presidido por la prudencia, la virtud que mejor armoniza teoría y práctica. Es la prudencia, en efecto, la virtud que permite "elegir bien" y cuya rehabilitación —ética, retórica y poética— es uno de los más sólidos fundamentos de la nueva sensibilidad.

Alejandro Llano es optimista en el sentido de que *habría una inclinación a superar la neutralidad práctica —o pragmática— y una tendencia a reconocer en la ética una "dimensión decisiva" de la vida humana. La racionalidad moderna se "pasó de rosca" según la magistral fórmula de Wittgenstein: nosotros diríamos "gira en banda"*. Llano apela a un "realismo sin empirismo", a una "fuerza sin rigidez", a un "ímpetu sin afán de dominio". La posmodernidad, a su juicio, tendría sus mejores logros en la arquitectura. Yo diría que este libro es también un buen ejemplo posmoderno, que armoniza técnica, cultura y estética: un libro lleno de vitalidad que recuerda esa vieja fórmula aristotélica que señala que la vida no basta meramente vivirla, pues de lo que se trata, es de vivirla bien, es decir, de darle un sentido.

ANÍBAL VIAL ECHEVERRÍA